

emoción y mi sorpresa, cuando reconocí en el acusado á mi libertador.

«Me costó mucho trabajo el conservar espíritu para permanecer en la sala, aunque su inocencia no parecia dudosa; yo temblaba que le juzgasen culpable: en cuanto á él, tenia el aire tranquilo y resignado: se observaba en su continencia una dignidad natural que parecia indicar la injusticia de la imputacion que se le habia hecho; pero sin aquella arrogante desvergüenza del culpable avezado al crimen.

«El fondista y su criado eran los principales acusadores: el uno dijo que tenia un billete de banca enteramente semejante al que ha-

bia sido presentado por el jóven: el otro que habia recibido el billete falso de manos de este último, que se habia ostinado en indicar su nombre, el lugar de su residencia ó lo que hacia; y que á mas de esto habia intentado marcharse: otros testigos confirmaron esta última declaracion que pareció de las mas convincentes, y de la que yo misma hice el mismo juicio en daño del incógnito. El señor Landorn, despues de haber oido á todos los testigos, se levantó, y dirigiéndose al preso,

«Pues, señor, le dijo, ya veis que se os imputa un crimen que nuestras leyes consideran con razon como uno de los mas graves, pues que se dirige á la ruina del

comercio, en el que se funda la prosperidad de nuestra isla: se os acusa de una resistencia que nunca es permitida contra la lei: vuestro silencio no depone menos contra vuestra inocencia: los deberes de mi destino me obligan á mandaros conducir á una prision hasta que vuestro proceso se haya instruido, y que la imparcialidad del tribunal haya pronunciado sobre vuestra suerte: si teneis alguna cosa que decir que pueda destruir las deposiciones que resultan contra vos, hablad sin temor: mi deber es igualmente el de oiros.»

«El señor Landorn se sentó despues de este discurso: todos se fijaron al instante en Teodoro, que empezó á saludar al Juez, y des-

pues á la asamblea. Habiendo esperado que reinase el mayor silencio en la sala, pronunció el discurso siguiente, al que presté mis oidos con un interes que le ha grabado en mi memoria.

«La invitacion que me haceis para que hable en mi defensa, la considero, señor, como uno de los mas bellos derechos de los ingleses, y yo procuraré no abusar de ella. Veo que mi intencion de permanecer oculto, os ha inspirado una prevencion que me es poco favorable: convengo en que esta prevencion es natural; ¿pero no es igualmente natural que un hombre procure sustraerse de una situacion, en la que conoce no puede evidenciarse su inocencia, cuan-

do no sea mas que por esponerle públicamente á vergonzosas sospechas? Aunque esta consideracion pudiese ser suficiente á justificar mi proyecto de fuga, confesaré, que circunstancias desgraciadas que han afligido demasiado á mi familia y destruido mi fortuna, me han hecho desear, con preferencia á todo lo demas, el permanecer incógnito. Seguramente, señor, un hombre, sin dejar de ser inocente, puede hallarse en una posicion tan delicada, que seria una barbaridad exigirle la revelacion de su secreto; tal es la mia, y me atrevo á esperar que no se me negará la indulgencia que reclamo sobre este punto, aunque no sea rigurosamente legal.

«Estoi convencido, señor, tanto como vos podeis estarlo, de que el crimen de falsificacion es un crimen de los mas graves, y que no es sino mui justa y necesaria la lei que impone á este delito la pena de muerte. Pero el papel nacional, siendo tan esencial á la prosperidad de nuestro comercio, ¿no se deberia procurar hacer de manera que fuese imposible su falsificacion, para alejar del miserable una tentacion tan peligrosa? Al menos, ¿por qué su autenticidad no tiene señales sensibles para el menos astuto de los hombres? ¿Cómo se reconocerá un billete de banca diestramente imitado? ¿De qué manera el hombre leal se librará del fraude? ¿Cuál será la de-

fensa de un acusado (tal como yo), que sin pensarlo llegue á ser poseedor de un billete que se pretende ser falso, y que la circulacion ha hecho entrar en su cartera? ¿Se tratará de monedero falso á un individuo á quien se le halle una moneda que lo es, por no poder decir quién se lo ha dado? No, sin duda, se me responderá. ¿Por qué, pues, no se hace lo mismo con el que tiene un billete de banca contrahecho? El caso es absolutamente semejante; y todo lo que se puede decir es, que la pérdida que hai que experimentar en tal caso, recae sobre el poseedor de la moneda ó del billete falso desde el momento que se conoce. No se me puede por este concepto

reconvenir de haber determinado la fuga abandonando el billete que consentia ya en perder. Sí; yo lo declaro en la conviccion de mi alma: la condena de un hombre en la situacion en que yo me hallo, se dirige mas á desacreditar los billetes de banca; y esto no lo haria el que pusiese en circulacion medio millon de falsos. Suponiendo que se me juzgue culpable: ¿cuál será el individuo que no se niegue en adelante á recibirlos, no siendo de aquellas personas á quienes pueda volverlos en caso de resultar defectuosos? ¿Quién se atreverá á guardarlos, teniendo á la vista el riesgo de pasar por falsario, y de cargarse, sin saberlo, del objeto que debe servir para su perdi-

cion? Los billetes de banca no serán, pues, sino una especie de billetes de confianza, únicamente en circulacion entre los hombres que se conozcan bien, para responder los unos á los otros.

«Llegamos ahora precisamente al punto de la cuestion: aunque esté probado que mi acusador tiene dos billetes semejantes, falta saber cuál de estos dos es el falso. Pido, pues, que se exhiban y reconozcan el uno y el otro antes de toda discusion ulterior.»

«No habia persona entre todas las que estaban presentes, que despues de oir este discurso, no creyese á Teodoro inocente: todos hablaban altamente en su favor, y querian ver de cerca al que acaba-

ba de proferir tantas verdades evidentes. Llevaron los dos billetes, y al primer golpe de vista parecian exactamente semejantes; pero despues de un minucioso examen, el que pertenecia al fondista, fue hallado defectuoso. Teodoro levantó la mano para volver á tomar la palabra, y despues se quedó en el mas profundo silencio.

«¿Cómo proceder al presente? decia. Este fondista ha recibido sin duda este billete en pago: á la verdad, no habiéndolo ofrecido á nadie, no puede ser perseguido. Pero aunque sea conocido de todos, ¿no está tambien espuesto á las sospechas que me han hecho comparecer á mí ante los tribuna-

les; pues que no puede decir de dónde le viene este billete? No me resta sino llorar los defectos de la lei, que arrastrándome á una situacion tan desagradable como peligrosa, me ha espuesto á la infamia y á la muerte como un enemigo de mi patria. Mi billete puede ser falso, como tambien el del fondista; pero la casualidad sola es la que á mí me ha salvado. Así pues, señor, continuó dirigiéndose al Juez de paz, yo os doi las debidas gracias por el interes que habeis tenido la bondad de tomar, mostrándoos digno de las augustas funciones de vuestro ministerio. Hai por desgracia muchos, que por ignorancia ó por malicia tienen á menos, se desdeñan de res-

petar la desgracia, y abusan bien cruelmente del depósito sagrado que la lei les confia.»

«Todo el concurso aplaudió con palmadas cuanto habia dicho, cuando cesó de hablar: el fondista se acercó á él para pedirle perdon, declarando que le miraba como al mas honrado de los hombres, y diciéndole que seria recibido en su casa como un amigo siempre que quisiese ir á ella. En fin, todo el mundo estaba encantado, y tenia un placer en felicitarle.

«Su triunfo era otro triunfo para mí, y lo creereis fácilmente. Yo estaba segura de su inocencia, me decia interiormente: un hombre como él no podia ser un malvado. Dije al caballero Zandivers,

que era mi libertador, y le supliqué le hiciese quedar con nosotros algunos dias; pero ni él ni el señor Landorn, que unió sus instancias á las suyas, pudieron hacerle detener ni aun á comer: puso por pretesto algunos negocios urgentes que no permitian la menor dilacion, y se marchó.

«Pero, señor, le dice el caballero Zandivers, yo quisiera al menos demostraros hasta qué punto nos habeis obligado, librando de un gran peligro á una persona de nuestra familia. En su nombre, así como en el mio, os suplico nos acompañeis esta noche.»

«Teodoro, que me vió entonces, me saludó, y volviéndose despues al caballero Zandivers. —

Cesad, señor, os suplico, de estrecharme mas; ya estoy bien penetrado de vuestra generosidad y buena acogida; pero os pido la gracia, y será el mayor servicio que podeis hacerme, si hemos de volver á encontrarnos, de que olvidéis haberme visto jamas, y que no volvais á hacer memoria de mí. — Se retiró sin esperar respuesta, y no he vuelto á verle hasta hoi.

— Hija mia, dice entonces Shechem, tú me has revelado una accion que le ensalza en mi estimacion sobre todos los demas hombres. ¡Qué lástima que no sea de nuestra religion! pero podemos hacer un amigo: yo quiero que tú le estimes como un hermano.»

Miss Eva no pudo reprimir un

suspiro que se le escapó oyendo hablar así á su padre; pero no tenia valor ni voluntad acaso para confiarle todo lo que pasaba dentro de su corazón.

«Es preciso que yo vaya á buscar á tu generoso libertador, continuó Shechem, y darle gracias al menos de un servicio que no está en mi mano recompensar.»

No hallando á Teodoro en el escritorio, se fue á su cuarto, y entró sin llamar.

Teodoro estaba apoyado de codos sobre la ventana, teniendo delante el retrato adorado, sobre el que estaban fijos sus ojos arrasados de lágrimas. Al ruido que hizo Shechem al entrar, ocultó apresuradamente el retrato en su

seno, y la costumbre que tenia de disimular los afectos de su alma, le hizo tomar una continencia tranquila.

«Yo no dudo, señor, dice á Bensadí, que vuestra hija no os haya hablado del pequeño servicio que he tenido la dicha de hacerla, y que, según temo, ha preparado á su corazón para impresiones mas vivas que las del simple reconocimiento. Yo he tenido demasiadas ocasiones de seguir los movimientos de las pasiones humanas, para no reconocerlas en los síntomas que podrán escaparse solo á una vista menos experimentada. Yo espero, señor, que no imputareis mis sospechas á una vanidad ridícula; pero aun cuando



la diferencia de religion no pusiese entre nosotros una barrera insuperable, hai otro ostáculo que me impide pensar el poder unir jamas mi suerte á la suya. La religion y la fatalidad no permiten seamos el uno para el otro; y yo pienso que debo huir, tanto por mi tranquilidad como por la de miss Eva.

— No, no, hijo mio, dice Shechem; nosotros estaremos unidos por los lazos de una santa amistad. No abandones un padre que tiene necesidad de ti para consuelo de su senectud, y que no teme confiarte lo mas precioso de sus tesoros, la proteccion de su propia hija. Yo he sufrido mucho, hijo mio, y por lo tanto sé respetar

la desgracia: la tuya será sagrada para mí. ¿Serás tú bastante infortunado para ser insensible á los encantos de una amistad dulce y pura? Desde este momento eres independiente y dueño de tus acciones: todo lo que yo te pido es que no nos dejes.»

Teodoro no sabia qué responder á los testimonios de un afecto tan fielmente espresados. Sus miradas fueron los únicos intérpretes de su reconocimiento y deferencia á los deseos de Shechem. Este le dejó para ir al cuarto de su hija, á la que se guardó mui bien de comunicar las sospechas de Teodoro, deseando al contrario desviarla de todo lo que pudiera ocasionar esplicaciones que él temia.